

Pero su propia naturaleza hacia que fuese nula su influencia entre los seglares. ¿Qué hubiera podido esperarse de la melancolía ó del misticismo de algunas personas para robustecer el vacilante catolicismo, amenazado de completa ruina?

Más importante que la anterior fué la reforma que en la orden de los franciscanos introdujo en 1525 Matías de Bassi (1). Clemente VII permitió á este innovador formar una congregacion especial que, como signo de haber vuelto á la observancia de las reglas dictadas por San Francisco de Asís, fundador de la orden, adoptó la larga y puntiaguda capucha con que se nos presenta al santo en todas las imágenes del mismo, y que valió á aquella el nombre de orden de los capuchinos. Su celo, las sorprendentes conversiones que con sus predicaciones lograban, los auxilios que prestaron al pueblo con ocasion de una enfermedad contagiosa, todo esto hizo que se les considerara en alto grado y que aumentara rápidamente el número de sus miembros. Matías de Bassi fué su primer vicario general y les dió sus constituciones, en virtud de las cuales estaban obligados á vestirse y alimentarse pobremente y á vivir en pobres iglesias y conventos. Estábales severamente prohibido el tener provisiones de ninguna clase, teniendo que mendigar todos los días las limosnas en especie necesarias para su sustento; se les recomendaba el ayuno, el silencio y las mortificaciones. El objeto principal de su instituto no era únicamente la vida contemplativa y las prácticas religiosas, sino tambien la actividad en el mundo y para el mundo y especialmente la influencia en el pueblo bajo.

La orden de los capuchinos tiene en conjunto algo de vulgar y aun á menudo de cómico, en su aspecto exterior, en la importancia que da á minuciosidades y formalidades ridículas, y finalmente, en los medios de que constantemente se ha servido para influir en el espíritu de las masas populares. Pero seria injusto desconocer que los capuchinos, sobre todo en Italia, fueron realmente los amigos, los consoladores, los directores espirituales del pueblo, á cuyo auxilio acudían en las calamidades, como hambres, pestes y guerras. El mismo carácter vulgar, propio de esta orden, hizo que pudiera familiarizarse mas con el pueblo, y le aseguró una gran influencia en aquellos ánimos sencillos y rústicos que no comprenden los refinamientos de la elevada cultura y del gusto depurado. Indudablemente los capuchinos han hecho mucho para mantener en Italia á las clases bajas afectas al catolicismo y á la Sede romana. Por esto hay que contarlos entre los elementos que contribuyeron en no poco á la reforma y al renacimiento de la religion tradicional.

Mientras los capuchinos ponían todo su empeño en atender á las necesidades espirituales del pueblo, otra comunidad religiosa comenzó á ocuparse en procurar el bienestar material de los pobres y de los desgraciados; tal fué la de los hermanos de la caridad, orden fundada en 1540 por el portugués Juan de Dios, y seguramente una de las mas bellas creaciones y de las mas preciosas glorias del catolicismo. Sin que tal fuese su mision directa, los hermanos de la caridad, con sus virtudes y por el infatigable celo con que socorrian á los desgraciados han hecho mas en pro del catolicismo que cien obispos y doctores en teología. Los enfermos á quienes salvaron de la muerte, los padres y los hijos á quienes prodigaron sus cuidados, todos aquellos, por fin, en quienes ejercieron su noble mision, hubieron de tributar al catolicismo una parte de la profunda gratitud á que se habian hecho acreedores los hermanos de la caridad.

Pero la eficacia de las mencionadas fundaciones en la rehabilitacion del catolicismo no puede compararse con la que

ejercieron las órdenes de sacerdotes regulares que se crearon por aquel mismo tiempo, de las cuales la primera en fecha y la segunda en importancia fué la de los teatinos.

Cayetano de Thiene (San Cayetano), fundador de esta orden, nació en Vicenzio, en 1480, de una familia aristocrática (2). Despues de haber terminado con grande aprovechamiento sus estudios, dirigióse á Roma, donde el Papa Julio II le hizo ingresar en el número de los protonotarios apostólicos. Pero no continuó mucho tiempo en esta senda semimundana, prefiriendo tomar las órdenes eclesiásticas (1516). Poco despues, con otros sacerdotes y prelados de la curia romana, en número de sesenta, que como él veían poseídos de amargura la decadencia de la Iglesia y los continuos progresos de la herejía de Lutero, formó una liga que, por medio de las prácticas religiosas y de discusiones, quiso prepararse á reconquistar para el catolicismo á los desesperados y á los apóstatas. Reuniéronse en la pequeña iglesia de los Santos Silvestre y Dorotea, en el Transtevere, y dieron á su comunidad, cuyo objeto principal era combatir á los herejes por medios pacíficos, el nombre de Oratorio del amor divino. La fama de este Oratorio y sobre todo la de Cayetano se extendió pronto por toda la Italia, y Cayetano fué llamado por sus compatriotas, los venecianos, para fundar en su patria instituciones benéficas y piadosas. En ella desplegó admirable y fructífera actividad, consagrando todos sus bienes á los pobres. Por último, y este fué el punto capital: á la devocion mística encaminada á objetos puramente privados, sucedieron ideas mas generales y al propio tiempo mas prácticas. Los grandes progresos que hacia la herejía movieron á Cayetano á pensar en las causas de la decadencia patente de la Iglesia; convenciéndose, como tantos otros, de que una de las principales era la desmoralizacion del clero secular, es decir, de aquella parte del clero cuya principal mision consistía en la cura de almas y en el consuelo de las conciencias, decidió para combatir este mal fundar una institucion que reformara la vida, las costumbres y la cultura del clero parroquial y devolviera á este las virtudes de la primitiva Iglesia. Para llevar á cabo esta gran idea, regresó á la capital del orbe católico. Era muy dudoso que Cayetano tuviese la energía, las dotes intelectuales y la influencia personal necesarias para conseguir el objeto que se proponía, pues aquel excelente hombre mas parecia propio para consolar afligidos, cuidar enfermos y ganar para el catolicismo algunas almas extraviadas, que para fundar una orden. Mas por fortuna para su proyecto, pudo contar con un prelado que tenia mas condiciones que él para llevarlo á cabo; tal fué Juan Pedro Caraffa (3).

Juan Pedro Caraffa, que habia nacido en 1476, pertenecía á una de las mas ilustres familias de Nápoles, poseedora de cuantiosos bienes, así como de principados, ducados, marquesados, condados y baronías. Juan Pedro mostró desde muy niño tanta inteligencia como celo y afición á cuanto emprendía, é hizo desde luego grandes progresos en las ciencias humanas. A los catorce años tomó la resolucion de encerrarse en un convento de dominicos; pero su orgulloso padre que le destinaba á ocupar una brillante posicion social, ó por lo menos á desempeñar algun elevado cargo eclesiástico, le arrancó violentamente de su retiro. El jóven se resignó: entonces terminó sus estudios de los idiomas griego y hebreo, y trasladándose luego á Roma, provisto de muchos de los ricos beneficios eclesiásticos de que disponía su poderosa familia, fácilmente fué admitido, en 1503, en el número

(2) *Acta sanctorum, mens. Augusti*, II, 240.—Ant. Caraccioli. *Caietani Thienensis vita*. (Colonia 1612), cap. 9, 10.
(3) Bromato, *Storia di Paolo IV*, tomo I.

(1) Helyot, VII, 164.

de los protonotarios pontificios. Al año siguiente, uno de sus parientes le cedió el obispado de Chieti ó de Theano, segun antiguamente se denominaba, que radicaba en los dominios de los Caraffa y que por tanto debía ser provisto siempre en la persona de un descendiente de la familia. Juan Pedro tenia en Roma un tío que era cardenal; el jóven obispo adquirió naturalmente muy pronto una gran influencia en la ciudad eterna; entró en las mas importantes congregaciones pontificias y fué finalmente enviado como nuncio del Papa á España y á Inglaterra. En recompensa de sus servicios obtuvo el arzobispado de Brindis; pero se le siguió llamando el obispo teatino, bajo cuya denominacion era generalmente conocido.

Despues de la apostasía de Lutero, fué Caraffa uno de los mas brillantes defensores de las creencias católicas; con Cayetano de Thiene, Sadolet y otros muchos tomó parte en el Oratorio del amor divino, además de lo cual, y siguiendo los impulsos de su naturaleza, amante de la lucha, publicó directamente algunos escritos polemistas contra Lutero. El celo que mostró en pro de una reforma ortodoxa que contrarestará la reforma revolucionaria del agustino de Witemberg le valió cierta influencia en el ánimo de Adriano VI que profesaba en este punto sus mismas ideas. Desgraciadamente Adriano murió al poco tiempo y su sucesor Clemente VII se cuidó mas de las cuestiones políticas que del mejoramiento de la Iglesia. Caraffa desesperó de poder conseguir nada serio con tal Papa, y en visto de esto y para salvar á lo menos su propia alma, decidió encerrarse en un convento. Pero era demasiado aficionado á la vida activa para no aceptar con gusto el pensamiento de Cayetano, entonces su colega, cuyo plan le ofrecía la posibilidad de armonizar la soledad del claustro con los trabajos independientes en pro de la reforma eclesiástica. Por esto solicitó y obtuvo de Cayetano el permiso de unirse á él. Mas difícil le fué obtener del Papa la autorizacion para abandonar su cargo episcopal, pues Clemente VII le tenia en gran estima, precisamente por las cualidades de que él carecía. Pero Juan Pedro supo insistir de tal suerte, que alcanzó la autorizacion que demandaba. Con gran admiracion de los romanos, que estaban poco acostumbrados á tales ejemplos, renunció á los dos obispados para trabajar, en voluntaria pobreza, en pro de la reforma del clero secular. El Papa le permitió usar el título de obispo de Teano.

¡Qué contraste ofrecían estos dos hombres que se unían para una obra comun! Juan Pedro Caraffa activo, fuerte, enérgico, impaciente, familiarizado con los negocios é igualmente dispuesto á crear que á destruir; y Cayetano de Thiene —«que á todo el mundo parecia un ángel y que se consideraba á sí propio como un gusano de la tierra (1)»—humilde, bondadoso, devoto, poco amigo de hablar, y ocupado constantemente en oraciones, mortificaciones y obras de caridad y de abnegacion! Ya se comprenderá que en esta alianza Caraffa, así por su dignidad de obispo, como por su importancia personal, habia de ser el que predominara.

La idea primitiva, que indudablemente partió de Cayetano, era formar una comunidad religiosa compuesta, no de frailes, sino de sacerdotes que hicieran vida comun y prestasen los tres votos de monásticos de pobreza, castidad y obediencia, pero que, como el clero secular, pudiesen hacer para el pueblo el servicio divino y administrar los sacramentos. De aquí que á la nueva institucion se le diese el nombre de congregacion de sacerdotes regulares, los cuales estaban exentos de todos los deberes puramente formales y de todas las ceremonias y prácticas del culto que ocupaban á los monjes la mayor

parte del tiempo. Agrupados en una congregacion y reunidos en casas comunes, trabajaban todos á una para mejorar moral y religiosamente al mundo exterior. Esta idea, completamente nueva en aquel tiempo, prestó gran fuerza á la congregacion y á sus imitadores, especialmente á los jesuitas. Sin embargo, el verdadero objeto de la institucion no era tanto acudir en auxilio de los seglares, como trazar á los sacerdotes el camino de la reforma; y esto no ya por medio de preceptos que nunca eran guardados ni de castigos que pronto se olvidaban, sino por la irresistible fuerza del buen ejemplo, por la práctica de aquella perfeccion moral en que se funda la idea del sacerdocio católico. Por esto Caraffa, que á pesar de toda su piedad sentía arder en su ánimo la ambicion, queria hacer de su congregacion un plantel de obispos y de altos dignatarios eclesiásticos. Y realmente los sacerdotes educados en aquella santa y austera escuela no hubieran sido los mas propios para administrar las diócesis y para levantar al bajo clero del rebajamiento moral en que yacía sumido? Un precepto que en apariencia era resultado de la humildad y del completo desprecio de todo lo terrenal, contribuyó en realidad á dar desde un principio un carácter aristocrático á la nueva institucion. A la congregacion no solo le estaba prohibido poseer bienes, ni personal ni colectivamente, sino tambien el pedir limosna, la cual debía esperarse solamente del libre impulso de los fieles. Claro es que dadas estas circunstancias, la congregacion se hubiera encontrado en constante peligro de perecer de hambre, á no haber pertenecido sus miembros á familias ricas que querian y podían atender debidamente á su sustento. La orden de los capuchinos, á quienes estaba igualmente vedado poseer bienes y guardar provisiones, habia considerado necesario llenar este vacío con la mendicidad sistemática. Pero como esta estaba tambien excluida entre los compañeros de Cayetano y de Caraffa, de aquí que se viesen constantemente reducidos á la munificencia de aquellos que por ellos se interesaban personalmente. Caraffa, descendiente de una familia nobilísima, se opuso á que se aumentara el número de congregados y dictó severas reglas para la eleccion y admision de los que querian entrar en la orden (2), y consiguió el objeto que se proponía, que era que la congregacion se compusiera casi exclusivamente de jóvenes distinguidos. Estos, en su doble carácter de nobles y de miembros de una congregacion que pronto gozó de consideracion suma, se negaban, so pretexto de su dignidad, á desempeñar cargos parroquiales y solo abandonaban la comunidad para revestir altas dignidades eclesiásticas. De aquí que pronto se diera á la congregacion el nombre de seminario de obispos.

Ya en 24 de junio de 1524 los fundadores de la congregacion recibieron de Clemente VII un decreto pontificio, que aprobaba su institucion, le concedía los privilegios de los canónigos regulares de Letran, la ponía bajo la inmediata proteccion de la Santa Sede y le permitía elegir un superior, cuyo poder solo debía durar tres años. Los miembros de la orden renunciaron incontinenti á todos los bienes y rentas, lo cual fué especialmente laudable en Caraffa que además de su considerable hacienda propia, habia poseído un gran número de ricos beneficios eclesiásticos. Caraffa era de tal manera el alma de la congregacion, que por deseos del mismo Cayetano fué elegido superior, denominándose además la comunidad congregacion de teatinos, del nombre con que Caraffa era conocido, es decir, obispo de Teati. La alianza entre la mayor pobreza y el noble orgullo que caracteriza á la congregacion de los teatinos fué indudablemente obra de Caraffa y no del humilde y modesto Cayetano de Thiene.

(1) Castaldo, *Vita S. Caietani Thienensis*, (Roma 1619) cap. 9.

(2) Carta de Caraffa á Silvago, 1533, citada por Bromato, I, 115.

Sus propias reglas impedían a los teatinos extender rápidamente y por muchos puntos su influencia, la cual se limitaba única y exclusivamente a Italia, en donde combatieron la herejía, formaron un número no despreciable de aptos y dignos obispos y dieron saludable ejemplo con su abnegación y con su celo religioso. Otra consecuencia, mas importante si cabe, de la fundación de esta orden fué que a su imitación se fundaron otras congregaciones, de las cuales la mas conocida es la de los sacerdotes regulares de San Pablo ó bernabitas, que tal era el nombre con que se les designaba por ocupar la iglesia de San Bernabé, en Milan. Fundada esta orden en 1530 por Antonio María Zacarías de Cremona, fué desde luego una ramificación democrática de los teatinos, cuya misión principal era reconquistar para el catolicismo a los escépticos y a los apóstatas. Extendidos por toda la Italia, por Francia y por Bohemia, los colegios de los bernabitas hicieron entrar de nuevo en la Iglesia a millares de herejes.

La orden de los somascos, fundada en 1528 en la Alta Italia, tuvo una importancia meramente local.

Mucho mas importante fué el hecho llevado a cabo, en 1548, por un jóven florentino, Felipe de Neri (1), el cual fundó la Compañía de la Santa Trinidad. Con razon se llama a Felipe de Neri el apóstol de Roma; y en efecto, quizás nadie hizo tanto como él para la reforma del clero romano y para el mejoramiento moral de toda la población de la ciudad eterna. Su memoria está, aun hoy, viva en la mente de todos. De esta Compañía salió en 1575 la congregación del Oratorio que se ha hecho célebre por haber producido un gran número de sabios y hábiles defensores del catolicismo, de distinguidos profesores y de intrépidos misioneros.

Como se ve, en el pueblo romano había entrado una verdadera fiebre por fundar nuevas órdenes, prueba evidente de que entre los romanos y aun entre los italianos, se despertaba otra vez el sentimiento religioso y el espíritu católico. Pero entre todas estas fundaciones del siglo XVI ninguna puede ser comparada, ni por su importancia ni por sus resultados, con la mas jóven de todas ellas, con la de sacerdotes de la Compañía de Jesús.

II—FUNDACION DE LA ÓRDEN DE LOS JESUITAS

Caballerismo y misticismo en España.—Ignacio de Loyola como soldado.—Su herida y su conversión.—Su vida de penitencia.—Su peregrinación a Palestina.—Sus estudios y fijación de sus planes.—Fundación de la orden.—Obtención de la sanción pontificia.—Loyola primer general.—Sus máximas.

En ningún país de Europa se conservó durante tanto tiempo como en España el espíritu que caracteriza la segunda mitad de la Edad media. A consecuencia del movimiento de las Cruzadas, había nacido en Occidente una mezcla de mística y ardiente devoción y de caballerismo atrevido y ganoso de aventuras. Esta cultura especial, que no carecía de grandeza ni de atractivos y a la cual tenemos que agradecer las mas bellas creaciones de la Edad media, se veía en casi todas partes de Europa combatida y acabó por desaparecer por la acción demoledora del Renacimiento, por la influencia de la vida municipal, que se desarrollaba rápidamente, y por los triunfos de la fría política utilitaria. No sucedió lo mismo en España: esta nación apartada por su situación geográfica del centro de la civilización europea, del cual la separaba la elevada cordillera Pirenaica, sabía poco

(1) Ant. Galloni, *Vita Sti. Philippi Neri*. Jerónimo Barnabeo, *Vita Sti. Philippi Neri: Acta Sanct. Maii*. VI, 463, 524. A. Capcelatro, *The life of St. Philipp Neri*, traducida por Pope, 2 tomos (Londres 1882).

de estos modernos movimientos, y hasta fines del siglo XV había estado ocupada en la lucha contra los moros y árabes mahometanos, lucha que, siendo a la vez guerra de razas y de creencias, imprimió a todas las empresas é intereses de los españoles un sello eminentemente religioso. Por una disposición especial de la suerte, la toma de Granada y con ella la desaparición de los musulimes del territorio de la península y la terminación de la guerra árabe coincidieron con el descubrimiento de América y con el principio de una serie de expediciones y conquistas encaminadas a hacer entrar en la verdadera religión al paganismo de un nuevo mundo. Como había acontecido desde el siglo VIII, en la guerra contra el Islam, la propagación de la fe católica estaba a la sazón íntimamente enlazada con la grandeza y la gloria del nombre español. El noble, el soldado, el conquistador de Castilla que combatían por su propio honor y por el honor de su rey y de su patria, luchaban al mismo tiempo en honra de Jesús y de la Virgen. ¡Cuán fielmente se refleja esta tendencia católica y mística del espíritu caballeresco dominante entre los españoles en el *Amadís de Gaula*, libro compuesto entre 1496 y 1508, y en las innumerables obras de caballería que le precedieron y siguieron! No es pues de extrañar que, en tales circunstancias, un capitán de Carlos V fuese el fundador de una orden religiosa encaminada a armonizar la guerra con la religión y a combatir con toda clase de armas a los enemigos de la fe.

Don Iñigo (Ignacio) Lopez de Recalde nació en 1491 en el castillo de Loyola, en la provincia de Guipúzcoa. Su familia, una de las mas consideradas en el país, gozaba en union de otra, del privilegio exclusivo de ser llamada al acto de la proclamación de un nuevo monarca y a otros actos extraordinarios, especialmente al de la prestación del juramento (2). Ignacio, el mas jóven de los trece hijos de aquella familia, fué soldado y cortesano y de aquí que se viese muy descuidada su educación literaria. Primero sirvió como paje a Fernando el Católico y luego como escudero del duque de Nájera, cuyos antecesores siempre habían protegido a la familia de los Recaldes de Loyola. Su espíritu novelesco y su corazón juvenil estaban llenos de ideas caballerescas: las aventuras amorosas, los hechos de armas, la fama guerrera, el amor propio personal y el deseo de brillar con sus armas y caballos, eran los asuntos que ocupaban su imaginación, y su orgullo le impulsaba a distinguirse en todo esto por encima de sus contemporáneos. Por señora de su corazón eligió a una de las princesas de la casa real, la cual, según dijo un confidente suyo algunos años despues, era mas que condesa y duquesa (3): su lectura predilecta era el *Amadís de Gaula* con sus hazañas caballerescas y amorosas. Era, al propio tiempo, ferviente católico, y compuso un romance en honor de San Pedro, a quien consideraba como su especial patrono.

Cuando en 1521 los franceses atacaron a Navarra, el duque de Nájera, virey de la comarca, aseguró la capital, Pamplona, con una guarnición, una de cuyas compañías mandaba Loyola, el cual en aquella ocasion se distinguió por su temerario arrojo. Cuando los franceses, despues de apoderarse de la ciudad asaltaron la casi arruinada ciudadela, permaneció Ignacio constantemente en la brecha, hasta que una bala le hirió en la pierna derecha y una piedra en el pie derecho (20 de mayo de 1521). Los españoles depusieron las armas, y los vencedores trataron benignamente a aquel bravo soldado disponiendo su conducción al próximo castillo natal. Desgraciadamente la cirugía se encontraba en su infancia y además en aquel apartado rincón de la region vasca no había

(2) *Acta Sanct. mens. Julii*, VII, 422.—Maffei, *Ignatii Vita*, libro I, cap. I.

(3) L. Gonzalez, *Acta Sanct. mens. Julii*, VII, 634.

un buen médico. El tratamiento a que fué sometida la herida de Ignacio fué muy desgraciado; los huesos fueron tan mal unidos que hubo necesidad de volvérselos a fracturar dos veces, tormentos que no impidieron que el infeliz quedara cojo para siempre. En aquella ocasion sufrió atroces dolores que soportó con paciencia heroica.

Durante su larga postración procuró encontrar en la lectura un medio para desterrar el fastidio y para olvidar en lo posible sus males. Ya se comprenderá que comenzó por pedir novelas de caballerías, pero como no las había en el castillo (1), se le dieron la «Vida de Jesucristo» y el *Flos Sanctorum*, ó vidas de los santos, traducidas al español. Estas obras, de un género completamente nuevo para él, le cautivaron cada día mas. Los martirios y los milagros de los santos, especialmente de Santo Domingo y de San Francisco de Asís, no le parecieron, en su aventurero espíritu excitado por el dolor y por la fiebre, menos famosos y dignos de ser imitados que las hazañas de los héroes y de los caballeros andantes. Su ambición, siempre despierta, le impulsó por esta nueva senda; en un principio, lucharon todavía en su espíritu con las nuevas ideas las antiguas impresiones, las ideas caballerescas, el amor a su dama; pero poco a poco aquellas triunfaron. Creyó que San Pedro, a quien se había dirigido especialmente en sus oraciones, con su intercesión inmediata le había salvado de la muerte. Además se convenció de que su mal curada herida, que le condenaba a andar cojo el resto de su vida, le cerraba para siempre la carrera militar, y entonces decidió hacerse soldado espiritual de Jesucristo, de la Virgen y de San Pedro, pero no un simple soldado, sino un general de la milicia cristiana. Combatiendo, en nombre de Dios, a Satanás y al infierno por medio de fatigas, ayunos y vigilia, esperaba conquistar en el cielo aquel esplendor y aquella fama que Amadís y sus compañeros se habían conquistado en la tierra con sus hazañas.

Véase, pues, cómo la mezcla del espíritu caballeresco y del misticismo, fecundada por el deseo de gloria, fué la causa de la determinación de Ignacio de Loyola. No fueron el arrepentimiento ni la necesidad de acercarse a Dios por el sacrificio de su propia existencia lo que indujo a Ignacio a abrazar la vida de anacoreta, sino el deseo de distinguirse de los demás hombres por hechos parecidos a los milagros de los santos, cuyas biografías había estudiado, y de parecerse a ellos en méritos y fama.

Durante su convalecencia preparóse poco a poco para el nuevo género de vida que había elegido, y despues, sin saberlo su familia, apresuróse en mayo de 1522 a hacer inapelable su resolución prestando los votos de castidad y de abstinencia, y emprendiendo su primera peregrinación a la milagrosa imagen de la Virgen que se veneraba en las agrestes montañas de Monserrate, cerca de Barcelona. Por el camino, se azotaba para irse acostumbrando a la nueva vida, y llegado que hubo al santuario, colgó en él sus armas, y las veló delante de la imagen, lo mismo que un escudero en la víspera de ser armado caballero, según el ritual que había leído en el *Amadís*. ¡Tan profundamente arraigadas estaban en su ánimo las narraciones caballerescas! ¡Tanta influencia ejercían en él, aun despues de su cambio de vida! A la mañana siguiente se desprendió de sus preciosas vestiduras que regaló a un pobre, y se vistió de peregrino mendicante. Una confesión general completó su ingreso en el nuevo estado.

La intención de Ignacio de Loyola era dirigirse a Jerusalén y dedicarse allí a la conversión de los infieles; pero la peste le impidió embarcarse desde luego para la Palestina.

(1) Ribadeneira, *Vita Ignatii*; AA. SS. Ju. VII, 670.

Encaminóse entonces hacia la pequeña ciudad catalana de Manresa, situada a unas siete leguas al Noroeste de Barcelona, para esperar allí, entregado a la oración y a las mortificaciones, la hora de la partida. En Manresa, hubo de resistir una crisis interior análoga a la que veinte años antes había arrojado a Lutero al abismo de la desesperación. En el convento de dominicos que allí existía, y no en una cueva como ha dicho despues la leyenda jesuítica, sometióse a las mas duras pruebas; flagelábase tres veces al día; oraba de rodillas siete horas seguidas; durante la noche procuraba apartar por fuerza de sus ojos el sueño y se alimentaba exclusivamente de pan y agua, con todo lo cual esperaba imitar a los santos, siendo su mas ferviente deseo el de figurar algun día en el número de los canonizados. Pero cuanto mas mortificaba su cuerpo, mas enferma se encontraba su imaginación; no experimentaba ninguna satisfacción, ningún consuelo, antes por el contrario, desesperaba de poder alcanzar la divina gracia y la gloria del cielo, por las cuales suspiraba, creyendo que esto era debido a la enormidad de sus pecados. Lloraba noche y día; sintió tentaciones de arrojarse por la ventana de su celda, y solo se contuvo ante la idea de que con ello cometía un nuevo pecado (2).

Es curioso observar la manera distinta como Lutero é Ignacio de Loyola salieron de esta aflictiva situación. El alemán, dotado de una imaginación fría y teólogo de fama, consolóse con la doctrina de la completa redención por Jesucristo, que creyó encontrar en la Biblia, y con la fe en esta Biblia misma. El fanático y ambicioso español, cuyo cerebro estaba lleno de aventureras historias de caballeros y de santos, tenía visiones y creía observar que los pensamientos sombríos se los inspiraban el diablo y sus demonios, y que Dios y sus ángeles le inspiraban los agradables y virtuosos. Una nueva y grave enfermedad que amenazó destruir, con una muerte prematura, sus vastos planes, parecióle, una vez restablecido, un nuevo motivo para resistir las tentaciones de Satanás, para acabar de una vez con su vida pasada y para comenzar una nueva existencia, lleno de esperanza en la misericordia divina y de confianza en sus propios esfuerzos. A ello se creyó impulsado por el mismo Dios y por él dirigido, «como un discípulo por su maestro.»

Poco a poco el ascetismo y los martirios voluntarios le parecieron una injusticia que se cometía contra el Supremo Hacedor, que ha creado el cuerpo del mismo modo que el alma, y un atentado contra esta que llega a enfermar con la debilitación de su compañero material. Loyola creyó entonces que no debía ahuyentar el sueño, para poder trabajar con mas energía por la honra y gloria de Dios (3). Este modo de pensar acerca de los deberes de un cristiano devoto y adicto a la Iglesia, que tan opuesto parece a los proyectos que había formado para su nuevo estado, fué luego característico en la orden por él fundada.

Despues que se hubo satisfecho de esta suerte a sí mismo, tomaron mas risueños colores su ambición religiosa y las visiones que antes se reflejaban en su exaltado cerebro. Parecióle entonces que veía a Jesús y a la Virgen; y los mas profundos misterios de la religión se presentaban a sus ojos transformados en objetos perfectamente comprensibles. También vió al diablo en forma de pintada serpiente, pero cuanto mas oraba, tanto mas pálido y repugnante se iba haciendo el reptil. ¡Qué diferencia tan profunda entre la vida del

(2) Ribadeneira, pág. 673.

(3) Genelli, *La vida de San Ignacio de Loyola* (Innsbruck, 1848) pág. 382. Esta obra es muy importante por contener la correspondencia de Loyola (publicada en ella por vez primera en su mayor parte) que nos presenta a Ignacio bajo un nuevo punto de vista, o puesto muchas veces a lo que nos refiere la tradición jesuítica.